

EDUCACIÓN EMOCIONAL, DESARROLLO DE LA AFECTIVIDAD Y MUSEOS PEDAGÓGICOS

Pablo Álvarez Domínguez
Universidad de Sevilla
pabloalvarez@us.es

0. INTRODUCCIÓN

Es de justicia reconocer la importancia de la dimensión afectiva del educando como parte fundamental de su proceso de incorporación a un determinado grupo social y su conversión en miembro partícipe del sistema sociopolítico vigente. Y precisamente, este sentido social al que estamos refiriéndonos, se ha enriquecido tanto en nuestros días, que surge la necesidad de aludir al carácter transnacional e incluso local de las diferentes acciones globales. Partiendo pues de esta premisa, hemos de considerar que la educación emocional y de los sentimientos, así como la comunicación de los mismos, forma parte de nuestras vidas personales, individuales y sociales. No obstante, aún cuando se acepta esta consideración, se ha de reconocer que resulta lastimoso el hecho de que un tema tan importante como éste no haya sido lo suficientemente estudiado, analizado y debatido en el campo pedagógico y educativo, en sus dos ámbitos básicos de intervención –educación formal y no formal¹- (Sarramona, 1992; Trilla, 1993; Sarramona, Vázquez y Colom, 1998). En cualquier caso, nos encontramos ante un tema de carácter eminentemente práctico, que sigue precisando de una serie de teorizaciones, reflexiones, estudios e investigaciones, fundamentales para hacer de la educación emocional una herramienta clave capaz de

¹ Aproximarnos al concepto de educación formal supone básicamente, hacer referencia al sistema educativo en general, altamente institucionalizado, cronológicamente graduado y jerárquicamente estructurado que se extiende desde los primeros años de la educación infantil hasta los últimos años de doctorado en la universidad, pasando por la escuela primaria y la secundaria. En cambio, la educación no formal es toda actividad organizada, sistemática, educativa, realizada fuera del marco del sistema oficial, para facilitar determinadas clases de aprendizaje a subgrupos particulares de la población, tanto adultos como niños.

contribuir al desarrollo de nuestra formación personal y a la construcción de una sociedad, a la altura de las exigencias de la sociedad que nos ha tocado vivir.

El museo moderno nació como un espacio de, por y para la razón. No obstante, hoy parece que pocos discuten que la meta del mismo sea la provocación emocional. En una ocasión tuve la oportunidad de leer una curiosa frase que fue pronunciada por el astrofísico canadiense Hubert Reeves y que se convierte inconscientemente en la clave de la museografía²: “Yo les puedo explicar perfectamente la evolución del sol, los rayos cósmicos y mil cosas más, pero jamás podré explicarles por qué me emocionan”. Y curiosamente, al campo de la museografía la corresponde la intervención en el área de las emociones, provocando el deseo de saber. Y es cierto que un museo, en el mayor de los casos, no te da respuestas, haciéndote salir con más dudas de las que entraste. En ese sentido, nuestras exposiciones no son meras fuentes de conocimiento, sino verdaderas fuentes de estímulos para el conocimiento. En este trabajo, vamos a tratar de responder a unos interrogantes básicos: ¿qué papel juegan las emociones, los sentimientos y la afectividad en el contexto museístico pedagógico?; ¿son capaces de influir afectividad, sentimientos y emociones en el aprendizaje de quienes acuden, en este caso, a una institución museística dedicada al estudio y recuperación del patrimonio histórico-educativo?... Para ello, trataremos de

² De acuerdo con el ICOM, definimos la museografía como “la técnica que expresa los conocimientos museológicos en el museo. Trata especialmente sobre la arquitectura y ordenamiento de las instalaciones científicas de los museos”. ICOM News, 1970, cit., vol. 23, n° 1, p. 28. I. El Diccionario de la Lengua Española la define como el “conjunto de técnicas y prácticas relativas al funcionamiento de un museo”. *Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española. Vigésima Segunda Edición, 2001, España, p. 1055.

establecer sucintamente los fundamentos básicos de la educación emocional y, aclararemos algunas cuestiones en torno al desarrollo de la afectividad, fundamentales para con posterioridad, extrapolar estas teorizaciones al ámbito del museismo pedagógico.

1. FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE LA EDUCACIÓN EMOCIONAL: CONCEPTO, OBJETIVOS, CONTENIDOS Y PRINCIPIOS

La educación emocional se hace explícita en la medida en que somos capaces de desarrollar diversidad de competencias emocionales. Ante ello, la educación emocional ha de proponerse optimizar el desarrollo humano, esto es, el desarrollo social y personal, el desarrollo de la personalidad integral de toda persona. En este sentido, vamos a entender la educación emocional como *“un proceso educativo continuo y permanente, que pretende potenciar el desarrollo de las competencias emocionales como elemento esencial del desarrollo integral de la persona, con objeto de capacitarle para la vida. Todo ello tiene como finalidad aumentar el bienestar personal y social.* (Núñez Cubero y otros, 2006: 189). Si hemos apuntado, por tanto, que la educación emocional es un proceso educativo continuo y permanente, queremos con ello dejar constancia de la necesidad de que la misma se haga presente en nuestra formación permanente a lo largo y ancho de nuestras particulares vidas.

La educación emocional tiene presente una serie de objetivos básicos que son los que enumeramos a continuación: adquirir un

mejor conocimiento de las propias emociones; identificar las emociones de los demás; desarrollar las habilidades para regular las propias emociones; prevenir los efectos nocivos de las emociones negativas; desarrollar la habilidad para generar emociones positivas; desarrollar la habilidad de automotivarse; adoptar una actitud positiva ante la vida; aprender a fluir, etc. (Núñez Cubero y otros, 2006: 189). En relación con los contenidos de la educación emocional hemos de señalar que éstos pueden variar según los destinatarios, debiéndose tener en cuenta aspectos como el nivel educativo de los educandos, conocimientos previos o madurez personal, por citar algunos ejemplos. De esta forma, en el intento de esbozar superficialmente cuáles pueden ser estos contenidos, establecemos algunos apartados que consideramos básicos y que convendría tenerlos presente:

- Marco conceptual de las emociones: concepto de emoción, fenómenos afectivos (afecto, sentimiento, emoción, perturbaciones emocionales, estado de ánimo, ...), tipos de emociones (emociones positivas y negativas, emociones derivadas y básicas, emociones estéticas, emociones ambiguas, ...), conocimiento de las características de las emociones principales (miedo, ira, tristeza, aversión, ansiedad, alegría, humor, felicidad, amor, vergüenza, ...).
- La educación emocional y su metodología práctica (juegos, dinámicas de grupos, razón dialógica, autorreflexión, ...).
- Desarrollo de competencias emocionales (conciencia emocional, regulación de las emociones, ...).
- Habilidades socioemocionales (relaciones sociales, escucha, capacidad de empatía, ...).

- Aplicaciones de la educación emocional (comunicación afectiva y efectiva, toma de decisiones, prevención inespecífica, resolución de conflictos, ...).
- Principales teorías sobre las emociones (Cannon, Darwin, Lazarus, Arnold, W. James, ...).
- Evaluación de programas de educación emocional.
- Instrumentos y estrategias para el diagnóstico de las emociones.

En relación con los principios de la educación emocional y, en el intento de sintetizarlos, vamos a pasar a establecer los que consideramos básicos, atendiendo a las aportaciones de diferentes autores (Elías, M.; Steven, T.; Friedlander, B., 2000):

- Ser consciente de los propios sentimientos –conciencia emocional-.
- Reconocer y comprender los sentimientos de los demás –empatía-.
- Regular de forma positiva los impulsos emocionales y conductuales –autocontrol-.
- Plantearnos objetivos positivos y trazar planes para alcanzarlos – autoestima-.
- Utilizar la comunicación y la resolución de problemas de forma positiva en nuestras relaciones –habilidades sociales, habilidades para la vida-.

Cada uno de estos principios que han sido enumerados nos indican de manera coherente, lógica y progresiva, cuáles son los temas básicos objeto de la educación de las emociones, los cuales han de ser enseñados consecuentemente, en las diferentes instituciones educativas de carácter, tanto formal como no formal. Así pues,

establecidos sucintamente, concepto, objetivos, contenidos y principios de la educación emocional, conviene percatarse de la importancia que se le atribuye a las emociones, sobre todo en los ámbitos educativos formales y no formales. Así, es necesario considerar que la educación se ha de llevar a cabo a través de relaciones comunicativas mutuamente aceptadas. Se trata pues, de una relación en la que educador o formador se ha de acomodar a la lógica y afectividad del educando para poder contribuir a su desarrollo personal, impulsando entre otras, sus capacidades de autoorganización y decisión. Si atendemos a un enfoque antropológico de la educación, hemos de establecer que las emociones son capaces de satisfacer el desarrollo de las diferentes funciones sociales, conformando el entramado básico que nos permite consolidar la estructura en red que caracteriza a los diferentes colectivos humanos. Precisamente, durante el proceso de socialización el individuo es capaz de internalizar qué sentimientos y emociones resultan apropiados para cada situación particular y, a la misma vez, aprender a regular y expresar su estado afectivo en función de los requerimientos de cada contexto social en el que se desenvuelve. (Fericgla, 2004).

2. DESARROLLO DE LA AFECTIVIDAD

En el terreno personal, la afectividad constituye un aspecto fundamental de la vida psíquica del individuo que junto a la inteligencia racional, se identifican con las funciones más importantes que se dan en el comportamiento humano. Casi con toda seguridad, podemos llegar al acuerdo de que toda manifestación afectiva resulta vital para propiciar un respectivo desarrollo psicosocial del sujeto,

resultando al mismo tiempo, un signo armónico del bienestar emocional y social de la persona. Ante ello, y partiendo de esta premisa, tenemos que considerar que todo modelo educativo que lo soslaye será siempre un modelo segregador, incompleto e insensible. Por ello, somos capaces de apostar por la necesidad de que todas las instituciones educativas -independientemente de las edades cronológicas de los educandos- se ocupen de favorecer el campo de las inteligencias emocionales (Goleman, 1997; Goleman, 1999) y personales, tanto intrapersonales como interpersonales y sociales, debiéndolas incluir de forma explícita en el currículum escolar, pues potencian el conocimiento afectivo-emocional, personal y social, facilitándoles a todo sujeto la transferencia a su vida relacional de forma activa y eficaz.

A la hora de propiciar el bienestar emocional consideramos que el vínculo afectivo -reconocido con el nombre de apego- es una necesidad primaria significativa que establece el nexo entre la persona y su grupo social de referencia, y solamente se puede satisfacer en sociedad. De esta forma, alcanzar un desarrollo afectivo pleno, nos introduce en el plano relacional del clima afectivo, entendiendo que éste es la base a partir de la cual se forman las relaciones interhumanas y los lazos que unen al sujeto con su medio social (Gutiérrez, 2004). Hemos de establecer que nuestra concepción del proceso socializador en torno a las vinculaciones emocionales con los otros y con su medio, se va a centrar en este caso, en el carácter comunicativo de las personas entre sí, hecho que marcará la construcción de la identidad personal al aprender a valorar nuestras acciones junto a las de los demás. En este caso, nuestros ejes de

partida para hablar de un desarrollo integral de la persona son tres: primero, una educación válida y eficaz debe enseñar a dar repuestas eficaces y productivas a las tres dimensiones básicas del ser humano que son pensar³, hacer⁴ y sentir⁵; segundo, consideramos que la educación es un proceso destinado a satisfacer demandas de aprendizaje, desarrollo personal y social, que permitan colaborar y responder a las exigencias de la comunidad. Precisamente, esta consideración es capaz de enlazar los procesos educativos formales, no formales e informales⁶ y consigue realzar el papel de la sociedad como agente educativo; y tercero, muchos de los problemas de la sociedad actual, en la que nos encontramos inmersos, tienen un trasfondo emocional⁷.

Los museos en general, y los pedagógicos, en particular, considerados en este caso como instituciones educativas no formales, al tomar conciencia de su misión de activos intérpretes del patrimonio encomendado y de educadores del público, han asumido la necesidad

³ Respuestas cognitivas. Percepción de la emoción a través de las ideas, juicios, pensamientos, etc

⁴ Respuestas conductuales o comportamentales. Expresión visible de los afectos y emociones.

⁵ Respuestas afectivo-emocionales.

⁶ Esta triple consideración nos permite establecer que la educación es un proceso permanente y continuo a lo largo de toda la vida. De esta manera, el derecho a la educación ha de ser desarrollado a lo largo de todo el ciclo vital del individuo. Ante ello, una educación así entendida, ha de propiciar que las personas tomen conciencia de sí mismas y del entorno que las rodea. La educación permanente reclama un enfoque holístico, global, es decir, un enfoque basado en: 1. Identificar las instituciones educativas como comunidades de aprendizaje; 2. Necesaria integración de elementos académicos, financieros y administrativos; 3. Promover estructuras de organización y gestión centradas en el compromiso de individuos, grupos y la comunidad; 4. Poseer una amplia red de apoyos (información académica, nuevas tecnologías, bibliotecas, ...) para crear lo que se ha venido en denominar sociedades de aprendizaje (Requejo, 2003).

⁷ Violencia, conflictos, suicidio, consumo de drogas, prejuicios étnicos, delincuencia, violencia escolar, malos tratos, acoso, etc.

de convertirse también en auténticos centros de proyección educativa sobre su entorno social. Y precisamente, esta proyección a la que aludimos, no tendría sentido si no se plantea la opción de valorar nuestras emociones y sentimientos personales, las cuales, posibilitarán el desarrollo de la afectividad, entre otras cuestiones.

3. MUSEOS PEDAGÓGICOS Y EDUCACIÓN EN EMOCIONES

Vamos a partir de la premisa de que un museo pedagógico (González Pérez, 2000; Ruiz Berrio, 2002; Gómez García, 2003; Álvarez Domínguez, 2007b, 2007c) como tal, debe enseñar, educar y forzar a razonar. Por ello, no es difícil -puesto que resulta algo lógico- llegar a la conclusión de que el papel primordial del mismo es la educación de la gente, dirigiendo su pensamiento y su curiosidad a través de los objetos pedagógicos expuestos hacia otras consideraciones y estudios más sistemáticos. La educación consiste, por tanto, en animar al individuo a servirse de sus facultades intelectuales, enseñándole los medios para desarrollar su saber y para habituarse a razonar, entre otras cosas. Para quienes comparten esta idea, los museos pedagógicos serían unos instrumentos de reconocida utilidad histórico educativa, puesto que no se reducen exclusivamente a mostrar una serie de objetos, sino que pueden indicar los mensajes y relaciones que existen entre los mismos, bastante mejor que puedan hacerlo los libros, por ejemplo. Las exposiciones de los museos estimulan fácilmente la reflexión, incitan a la observación precisa y, finalmente, favorecen una deducción lógica (Herrera Escudero, 1971: 148). Precisamente, estos aspectos tienen

mucho que ver con el desarrollo de procesos educativos formales. Con ello, el museo ha de procurar siempre, mediante sus exposiciones, el desarrollo del pensamiento humano. En ningún momento la educación debe desentenderse de los museos, puesto que éstos, *“aportan el testimonio concreto de objetos reales y tangibles y el poder evocador y sugestivo de lo que es bello y hermoso”* (Herrera Escudero, 1971: 149). Ante ello, creemos que resulta inevitable establecer la consideración y el reconocimiento que merecen las emociones y los sentimientos en este terreno.

En un museo pedagógico, la diversidad de actividades que se planteen han de ir encaminadas hacia una educación integral de la persona. Precisamente, ello nos lleva a establecer la necesidad de evolucionar, junto con nuestra sociedad, hacia una mayor comprensividad de aquellos elementos que no son exclusivamente cognitivos. Si lo que nos interesa en cuestión es trabajar lo emocional en la institución museística, hemos de destacar tres elementos básicos que comparten esta preocupación en nuestra cultura occidental: la inteligencia, las emociones y la conducta. (Asensio y otros, 2006: 173). Y todo lo cual, vendrá marcado a la vez con el determinante del entorno sociocultural en el que tiene lugar el desarrollo de los individuos. En cualquier caso, estos tres elementos resultarán claves a la hora de organizar y configurar posibles actividades o programas de intervención en el entorno de un museo pedagógico, en este caso destinado al estudio del patrimonio histórico-educativo. Queremos entender que un museo pedagógico ha de preocuparse por equilibrar las dimensiones cognitiva y afectiva de la persona, pues claro está que hasta ahora, museos de índole diversa, no han hecho más que

preocuparse por el conocimiento, sin asignarle la importancia que merecían el aprendizaje o educación de los sentimientos y de las emociones. Y, a la misma vez, queremos pensar que inconscientemente, se ha venido impidiendo la necesidad de la persona de satisfacer las funciones de autodesarrollo y mejora en el marco de una educación integral.

No cabe duda de que en nuestra cultura occidental ha venido dominando el racionalismo. La institución museística, al igual que la escolar u otras muchas, ha sido fiel reflejo de los constructos científicos, sociales, filosóficos, etc., que con la lógica evolución histórica, ha ido transmitiendo a través de una selección cultural supuestamente valiosa de los contenidos a nuestros ciudadanos. El museo, al igual que la institución escolar, sigue siendo fiel al principio irrenunciable de instruir educando y educar instruyendo. Al plantear esta cuestión, no pretendemos dar a entender que el museo no ha sido capaz de educar en emociones, afectos y sentimientos a lo largo de la historia, sino que, al igual que lo ha hecho la institución escolar, esta faceta se ha considerado como una función gratuita y generosa a desarrollar por un formador o maestro, sensibilizado ante estas cuestiones y creyente en los beneficios personales y sociales que tiene el educar en emociones. Con ello, tratamos de hacer explícito el reconocimiento de un fuerte desequilibrio entre lo cognitivo y lo emocional que históricamente se ha venido dando en la institución museística. Y todo ello, con la idea de plantear y augurar la posible posibilidad de trabajar y aprender en un museo de historia de la educación, emocionándonos juntos, compartiendo sentimientos y demostrándonos un respeto y afecto mutuo.

Si el museo pedagógico en coordinación con la institución escolar se plantea como objetivo una educación válida y eficaz, ha de ser capaz de plantear una política museística que ofrezca respuestas a todas las dimensiones del ser humano para colaborar en el desarrollo de sus capacidades. Y, además, debe enseñar a dar respuestas eficaces y mediana y humanamente productivas a las tres dimensiones básicas y estructuralmente inseparables de las personas: pensar (respuestas cognitivas), hacer (respuestas conductuales) y sentir (respuestas emocionales y afectivas). (Asensio y otros, 2006: 177). Es cierto que podemos aprender muy poco sobre nuestras emociones si no somos capaces de reflexionar sobre ellas. Y concretamente, un museo pedagógico, se presenta como una nueva alternativa capaz de posibilitar diferentes tipos de reflexiones emocionales y sentimentales que nos ayuden a seguir construyendo el conocimiento junto con nuestra identidad personal y social. En cualquier caso, tenemos que seguir considerando que en el terreno educativo, tanto formal, no formal, como informal, lo subjetivo, la vida interior y la vida emocional deben seguir progresando, en todos los sentidos.

De ninguna manera pretendemos presentar la necesidad y la importancia de la educación emocional en el museo como una panacea que vaya a ser capaz de revolucionar aquellas cuestiones estrechamente vinculadas con lo que se ha venido en llamar pedagogía museística (Pastor Homs, 2004). Lo que sí pretendemos es llamar la atención y estimular la sensibilidad hacia esta dimensión educativa, que a todas luces, a día de hoy, aún no ha recibido la relevancia y consideración que realmente se merece en ningún tipo de instituciones

educativas. De lo que se trataría es de equilibrar la balanza en las dos vertientes fundamentales –cognitiva y afectiva- que inevitablemente inciden en todo proceso donde se establezca algún tipo de comunicación educativa. Así pues, queremos plantear e incidir en la necesidad de integrar la educación emocional y sus múltiples técnicas y estrategias metodológicas en el contexto museístico, pues con ellas, posibilitaremos que nuestros pequeños, jóvenes, mayores y ancianos - inmersos en la sociedad de las tecnologías de la información y la comunicación- gocen de la oportunidad de experimentar verdaderas relaciones humanas en el marco de un museo, en este caso, destinado al estudio, conservación y recuperación del patrimonio histórico-educativo.

Cualquier museo en general, o pedagógico, en particular, existente en la actualidad debe haber superado aquel postulado de antaño que consideraba a los visitantes de la institución museística como meros recipientes vacíos, a la espera de ser llenados con una selección de contenidos previamente seleccionados. Ante ello, y ante la pretensión de no ser repetitivos, una vez más, resulta fundamental traer a colación el conocido informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI. *La educación encierra un tesoro*. (Delors, 1996). Éste nos recuerda que para hacer frente a los desafíos del siglo XXI se hace imprescindible asignar nuevos objetivos, en este caso, a la educación no formal, y por lo tanto modificar la idea que se tiene de su utilidad. Conviene pues recordar en este caso, que al igual que ocurre con la institución escolar, la educación en el museo pedagógico, también ha de organizarse en torno a los cuatro pilares básicos, suficientemente conocidos por la

comunidad educativa: 1. Aprender a conocer; 2. Aprender a hacer; 3. Aprender a vivir juntos; 4. Aprender a ser. Ante ello, atendíendose a estos principios y, sin olvidar el papel que juegan los sentimientos y las emociones en el contexto museístico, vamos a establecer una serie de objetivos generales, que serán perfectamente aplicables y deberán tenerse en cuenta ante la inminente visita a un museo pedagógico:

- Conocer los sentimientos de quienes nos rodean y los de uno mismo.
- Concienciarnos de nuestros propios gustos y experiencias estéticas.
- Reconocer las emociones de quienes nos rodean.
- Aprender a valorar positivamente las experiencias estéticas entre las personas.
- Controlar las emociones en contextos públicos.
- Aprender a mantener la atención.
- Aprender a pedir y prestar ayuda a otras personas.
- Aprender a representar y expresar los propios pensamientos y sentimientos.
- Reconocer emociones agradables y placenteras ante escenarios educativos.
- Aprender a distinguir aspectos históricos, educativos, científicos, artísticos, religiosos, políticos, etc., expuestos en el museo.
- Aprender a autoconocerse y autoevaluarse a uno mismo.
- Aprender a colaborar con quienes nos rodean.
- Aprender a respetar la diferencia, a las personas, a los objetos, obras, piezas, espacios, instrumentos, etc., del patrimonio museístico histórico-pedagógico.

- Aprender a recrearnos y ubicarnos en el pasado histórico educativo, para ser capaces de proyectar el futuro de la educación.
- Adoptar actitudes positivas para alcanzar metas personales.
- Entrenar en habilidades sociales y conocer las diferentes formas que existen para resolver cualquier tipo de problemas.

De esta forma, desde el punto de vista educativo la visita a un museo pedagógico va a posibilitar el desarrollo de determinados conceptos, procedimientos y actitudes, que variarán en función de las diferentes actividades que en este contexto seamos capaces de plantear. Lanzamos esta vez el reto de plantear en otra ocasión determinadas actividades que propicien la vivencia de emociones, la expresión de sentimientos y el conocimiento del pasado histórico-educativo, en el marco de un museo pedagógico.

4. CONSIDERACIONES FINALES

Creemos necesario constatar el hecho de que nuestros museos pedagógicos están llamados a cumplir un papel fundamental como entidades al servicio de la recuperación, salvaguarda, puesta en valor, difusión y estudio del patrimonio educativo tangible e intangible⁸ (Yanes Cabrera, 2006) de nuestras Comunidades Autónomas (Peña Saavedra, 2003: 504). No obstante, puesto que creemos que el museo como institución no ha de propiciar exclusivamente procesos de

⁸ Para conocer qué entendemos por tangibilidad e intangibilidad del patrimonio histórico-educativo, pueden resultar de interés las reflexiones aportadas, en este sentido, por la Prfra. Yanes Cabrera.

enseñanza-aprendizaje, consideramos fundamental incorporar los sentimientos y las emociones como contenidos básicos de toda persona que tiene derecho a recibir una educación integral, incluso en una institución museística.

Si atendemos a las corrientes de la nueva museología -Varine-Bohan, Andrés Desvallées, Jean Davallon- (Alonso Fernández, 2002), éstas defienden que un museo es sobre todo una reflexión del hombre y su actividad, de su natural, cultural y medio ambiente social. En nuestro caso, el contacto o encuentro directo con el objeto histórico pedagógico ha de producir en el visitante una comunicación tridimensional que sea capaz de cumplir en nuestros tiempos a la misma vez, las funciones de expresión de la comunidad y de instrumento a su servicio. Ante ello, consideramos que el trabajar la educación emocional en el contexto museístico pedagógico favorece la expresión de los sentimientos, a la vez que sensibiliza al sujeto hacia los sentimientos de quienes nos acontecieron en el pasado histórico de la educación, y de quienes conviven con nosotros en el transcurrir de los días. La educación de las emociones y los sentimientos en el museo pedagógico se presenta como una nueva alternativa capaz de dar respuesta a los nuevos paradigmas educativos imperantes en la sociedad del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO FERNÁNDEZ, L. (2002): *Introducción a la Nueva Museología*. Madrid, Alianza Editorial.
- ÁLVAREZ DOMÍNGUEZ, P. (2006): *Evolución y nuevas perspectivas del museismo pedagógico. Aproximación al Museo Pedagógico Andaluz*. Trabajo de investigación para la obtención del DEA (Diploma de Estudios Avanzados). Universidad de Sevilla. Facultad Ciencias de la Educación. Dpto. de Teoría e Historia de la Educación y Pedagogía Social. Inédito.
- ÁLVAREZ DOMÍNGUEZ, P. (2007a): “Aproximación a la creación de una red de museos escolares en los centros educativos andaluces”. En ESCOLANO BENITO, A. (ed.): *La cultura material de la escuela. En el centenario de la Junta para la Ampliación de Estudios 1907-2007*. CEINCE, Berlanga de Duero, Soria, pp. 259-274.
- ÁLVAREZ DOMÍNGUEZ, P. (2007b): Museos pedagógicos: uso y sentido del término. Acercándonos al Museo Pedagógico Andaluz. Revista Digital *Investigación y Educación*. Nº 28, volumen V, febrero. ISSN: 1696-7208.
- ÁLVAREZ DOMÍNGUEZ, P. (2007c): “La museología de la educación como nuevo campo de investigación para la Historia de la Educación. Hacia la construcción del Museo Pedagógico Andaluz”. En SÁCHEZ, F. y OTROS: *Relaciones Internacionales en la Historia de la Educación Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-2007)*. Sociedad Española de Historia de la Educación y Departamento de Educación de la Universidad de Extremadura. Cáceres, pp. 409-423.

- AZNAR, P. (1995): El componente afectivo en el aprendizaje humano: Sentido y significado de un educación para el desarrollo de la afectividad. *Revista Española de Pedagogía* 200, pp. 59-73.
- ASENSIO, J. M. y otros (Coord.) (2006): *La vida emocional. Las emociones y la formación de la identidad humana*. Barcelona: Ariel.
- BISQUERRA, R. (2003): Educación emocional y competencias básicas para la vida. *Revista de Investigación educativa (RIE)*, 21, 1, pp. 7-43.
- CASACUBERTA, D. (2000): *Qué es una emoción*. Barcelona: Crítica.
- CHASE, L. (1993) *Educación afectiva. Desarrollo académico, social y emocional del niño*. México: Ed. Trillas.
- DELORS, J. (1996) *La educación encierra un tesoro*. Madrid, Santillana/Unesco.
- ELÍAS, M.; STEVEN, T.; FRIEDLANDER, B. (2000): *Educación con inteligencia emocional*. Barcelona: Barberá del Vallés (7ª ed.).
- ESPEJO VILLAR, B. (1999) Hacia un modelo de educación integral: El aprendizaje emocional en la práctica educativa. *Revista de Ciencias de la Educación*, 180, 521-535.
- FERICGLA, J. M. (2004): *Cultura y emociones. Manifiesto por una Antropología de las Emociones*. Conferencia inaugural del III Seminario sobre estados modificados de la conciencia y cultura. Manizales (Colombia): Universidad de Caldas.
- GOLEMAN. D. (1997) *Inteligencia emocional*. Barcelona: Ed. Círculo de Lectores.

- GOLEMAN. D. (1999) *La práctica de la inteligencia emocional*. Barcelona: Cairós.
- GÓMEZ GARCÍA, M. N. (2003): “Acerca del concepto de Museo Pedagógico: algunos interrogantes”. En AA.VV. (coord.): *Etnohistoria de la escuela. XII Coloquio Nacional de Historia de la Educación*. Burgos. Universidad de Burgos, Sociedad Española de Historia de la Educación, pp. 817-827.
- GONZÁLEZ PÉREZ, T. (2000): “Los Museos Pedagógicos. Museos vivos de la Educación”. *El día digital*. 31 de Agosto, p. 12.
- GUTIÉRREZ MOAR, M. C. (2004) *Afectividad y aprendizaje educativo. Hacia una Pedagogía de la Prevención* (Tesis Doctoral). Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela. Facultad de Ciencias de la Educación. (Tesis publicada por la USC en formato CD-ROM con el ISBN 84-9750-325-2).
- HERRERA ESCUDERO, M. L. (1971): *El museo en la educación*. Madrid-Barcelona, Index
- NÚÑEZ CUBERO, L. y otros (2006): El papel de la institución educativa en la educación emocional. En ASENSIO, J. M. y otros (Coord.): *La vida emocional. Las emociones y la formación de la identidad humana*. Barcelona: Ariel, pp. 171-196.
- OLIVA, J. M. y otros (2004): Las exposiciones científicas escolares y su contribución en el ámbito afectivo de los alumnos participantes. *Enseñanza de las Ciencias. Revista de investigación y experiencias didácticas*, 22 (3), pp. 425-440.
- PASTOR HOMS, M. I. (2004): *Pedagogía museística: nuevas perspectivas y tendencias actuales*. Barcelona, Ariel.

- PASTOR HOMES, M. I. (2006): El papel de las emociones en la educación museística (Addenda). *XXV Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación “Las emociones y la formación de la identidad humana”*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- PEÑA SAAVEDRA, V. (coord.) (2003): *I Foro Ibérico de Museísmo Pedagógico. O museísmo pedagógico en España e Portugal: itinerarios, experiencias e perspectivas. Actas*. Santiago de Compostela, MUPEGA. Consellería de Educación e Ordenación Universitaria da Xunta de Galicia.
- REQUEJO, A. (2003) *Educación permanente y educación de adultos*. Barcelona, Ariel.
- RUÍZ BERRIO, J. (2002): “Pasado, presente y porvenir de los museos de educación”. En ESCOLANO BENITO, A. y HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M. (coords.): *La memoria y el deseo. Cultura de la escuela y educación deseada*. Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 43-65.
- SARRAMONA, J. (ed.) (1992): *La educación no formal*. Ediciones CEAC. Barcelona
- SARRAMONA, J., VÁZQUEZ, G. y COLOM, A. J. (1998): *Educación no formal*. Ariel. Barcelona.
- TRILLA BERNET, J. (1993): *La educación fuera de la escuela. Ámbitos no formales y educación social*. Barcelona, Ariel.
- WAGENSBERG, J. (2002): Emoción y conocimiento. *Aula de Innovación Educativa*, 109, pp. 71-73.
- YANES CABRERA, C. (2006): “The Pedagogical Museums and the Intangible Educational Heritage. The educative practice by means of the spoken word”. Comunicación presentada en la

28th Session of The International Standing Conference for the
History of Education en Umea (Suecia), pp. 10.